

“AMÁNDOTE EN LA AUSENCIA”

DAVID COLL RODRÍGUEZ

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

© Editorial C & M

© David Coll Rodríguez

EDITA: EDITORIAL C & M

Torneo Parque Empresarial

Avda de la Arquitectura, nº1

Torre 6 Planta 8 Módulo 7

41015 Sevilla

Teléfono: 954 946 908

e-mail: info@editorialcm.es

www.editorialcm.es

ISBN: 978-84-936167-2-4

Depósito legal: SE-2603-2008

1ª Edición

Sevilla, Septiembre de 2007

LA PALABRA Y EL SILENCIO
INTRODUCCIÓN A
“AMÁNDOTE EN LA AUSENCIA”
DE DAVID COLL.

Francisco Gutiérrez Carbajo
(Decano de la Facultad de Filología)

Entre los maravillosos poderes que encierra la palabra no son los menores el de poder erigirse en indagación de la realidad y el de lograr transmitir una experiencia vital. Las palabras en los textos de David Coll desarrollan esas potencialidades pero además no sólo reflejan una o múltiples experiencias de la vida sino que la propia escritura se convierte en auténtica experiencia vital. David Coll vive para la literatura, que, en su caso es lo mismo que vivir para el amor o vivir para la vida. En David Coll, vivir no es sólo someterse a los ciclos regulares del cosmos, que definen el espacio y el tiempo, ni a las leyes naturales de la biología y de la fisiología, que gobiernan nuestros ritmos cerebrales, cardíacos, etc.; en David Coll vivir es convertir esas manifestaciones en arte y en transformar los ritmos biológicos y cosmológicos en ritmos estéticos. Este es el reto del gran

artista y este el reto que se ha trazado nuestro autor y que ha logrado alcanzar con intensidad y donosura.

David Coll no es un aficionado. David Coll es un obrero del arte, que tiene su taller poético repleto de materiales y que sólo se atreve a entregar algunas de sus piezas, cuando considera que ya están trabajadas y pulidas.

Sabe, como Goethe, que a la vida y al arte sólo podemos prestarles algún servicio con lo extraordinario, y a esa labor se lanza con valentía y con fuerza. David Coll es clásico y moderno, y logra la fascinante aventura de realizar una sinergia de la tradición y de la vanguardia; de seguir los modelos del pasado y saber replantearlos y redefinirlos en el presente. Este poeta, a la vez bohemio y cortesano –más por lo de cortés que por lo de corte– consigue hacer de su escritura particular e íntima un acto generoso de sociabilidad y de civismo.

David Coll conoce y ha utilizado todas las estrofas clásicas, y en este libro ha recurrido a una de sus formas más nobles: el soneto. Otros poetas cortesanos –estos sí más de corte nobiliaria– recitaron ya sus primeros sonetos en los palacios italianos de Federico II, a finales del siglo XII y en la primera mitad

del siglo XIII. Entre los primeros teóricos del soneto, los también italianos Francesco de Barberino y Antonio da Tempo explicaron las primeras reglas de su composición y estructura. Los grandes maestros Dante y Petrarca sustentaron ya sobre bases sólidas su noble arquitectura conceptual y formal. A los talleres petrarquistas –y no sólo en la forma– remiten algunos de los sonetos de David Coll.

En España, un autor nacido en Génova en la segunda mitad del siglo XIV, Francisco Imperial, trató de ajustar al castellano el endecasílabo italiano, soporte del edificio del soneto. Este gran artífice de la poesía de cancionero y adaptador de varios pasajes de la *Commedia* de Dante, fue muy controvertido entre sus contemporáneos, pero recibió los mayores elogios del Marqués de Santillana. El propio marqués nos legó sus famosos cuarenta y dos Sonetos fechos al itálico modo, que constituye la primera colección de estas estrofas en endecasílabos, totalmente elaboradas a la manera petrarquista. Con Gracilazo, sobre todo, y con otros petrarquistas, como Boscán, Medrano, Sa de Miranda, Gutierre de Cetina y Fernando de Herrera, el soneto alcanzaría su perfección y prestigio. Herrera también está presente –según mi opinión– en David Coll, al igual que lo están otros cultivadores de estas estructuras métricas, como Cervantes, Góngora o Lope de Vega. De

Herrera se conservan 300 sonetos, y se calcula que Lope escribió unos 1.500. David Coll no les anda a la zaga.

El soneto ha seguido cultivándose en todos los periodos de la historia literaria y conserva su frescura en la actualidad. No he pretendido realizar -ni siquiera sintéticamente- una historia de esta estrofa clásica, pero sí indicar los ilustres y nobles antecedentes estructurales de los poemas de este libro.

Sus asuntos arrancan igualmente de la más venerable tradición, que es tanto como decir, que se retrotraen a los primeros momentos en los que el hombre dejó expresado por escrito su asombro ante los misterios de la naturaleza y de la vida: su admiración y pavor ante el curso de las estrellas, ante el mar embravecido, ante los vientos, las lluvias y las tormentas atmosféricas, y ante los torbellinos y las tormentas de su propio corazón. Se trata del mismo estremecimiento y del mismo asombro que hoy seguimos sintiendo ante los enigmas de la vida, de la muerte y del amor. De estos universales del sentimiento, por utilizar la frase machadiana, el amor se ha percibido y se ha expresado siempre con especial vibración y tensión. Platón definió ya el amor como la expresión del deseo de aquello que nos falta. De esta vibración, de esta tensión, de esta ausencia, arranca la densidad con-

ceptual y semántica de los sonetos de Amándote en la Ausencia.

El noble y cortesano Baltasar de Castiglione consideraba los sufrimientos causados por la ausencia como una consecuencia del amor puramente físico, de lo que él denominaba “mal amor”.

La ausencia es uno de los asuntos nucleares de la poesía ovidiana, de la tradición cortés, de la lírica petrarquista, y en general del devenir literario de todos los tiempos. La ausencia es el principal escenario en el que se desarrollan las tramas del libro de David Coll.

En la tragicomedia Amadís de Gaula, de Gil Vicente, se considera que en la ausencia el amor nunca permanece:

¡Mas ay de mí
que creo que será ansí!
.....
Ejemplo es verdadero
Que ausencia aparta amor.
¡Oh traidor caballero!
¡Caballero traidor!
¡Quién supiera esto primero!

En un sentido semejante, en el Vocabulario de refranes y frases proverbiales, de Gonzalo Correas, se asegura que la ausencia no es compatible con el amor:

Ausencia enemiga del amor
Tan lejos de ojos cuan lejos de corazón.

La tesis contraria ya fue formulada poéticamente por el Marqués de Santillana:

Ha bien errada opinión
Quien dice: tan lejos de ojos,
Tan lejos de corazón.
Ca yo vos juro, señora,
Cuanto más vos soy ausente
Más vos amo ciertamente
E deseo a toda hora.

De esta misma opinión son algunos de los autores petrarquistas citados, como Juan Boscán y Francisco de Medrano, también auténticos maestros del soneto. Boscán destaca dos de los temas fundamentales sobre los que se sustentan los sonetos de nuestro autor: la ausencia y el olvido. Juan Boscán señaló las claves del verdadero enamorado:

Quien dice que la ausencia causa olvido

Merece ser de todos olvidado:
El verdadero y firme enamorado
Está cuando está ausente más perdido.

En el mismo asunto insiste también un magnífico soneto de Francisco de Medrano, del que reproducimos solamente el primer cuarteto:

Quien dice que la ausencia causa olvido
No supo amar, porque si amar supiera,
Nunca la ausencia, ni aun la muerte hubiera.
De su amor la memoria adormecido.

Se introduce aquí el asunto de la memoria, íntimamente relacionado con los anteriores, y que está presente en los poemas de David Coll y en general en el repertorio de los grandes artistas. Borges señalaba que el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación, y el gran maestro del flamenco Bernardo el de los Lobitos, cuando yo un día le pregunté por qué cantaba, me contestó con sabiduría senequista: "Canto porque me acuerdo de lo que he vivido". Su voz sonaba a murmullo de árboles agitados por el viento y olía a pan, como el pueblo que lo vio nacer: Alcalá de los Panaderos. En la respuesta de Bernardo está la clave del arte. El arte es vida porque es la memoria y el recuerdo de lo que se ha vivido.

El libro de David Coll es una indagación en la memoria, en el recuerdo, a la vez que una confesión del amor en la ausencia, en el sentido de lo expresado por Boscán y Medrano. En una de las primeras composiciones, Coll define la ausencia como “un relámpago perdido, / un arroyo de ratas añorantes (...) Un recuerdo que grita enloquecido, / un abrazo de noches llameantes”. Por eso el poeta no soporta la ausencia ni la aguanta. En el soneto “La cruz de tu ausencia”, este fenómeno entronca con planteamientos petrarquistas y con algunas formulaciones de los místicos, a través de imágenes y símbolos, como el de la cruz o el de las heridas luminosas y gozosas, que remiten a la “llaga regalada”.

La herida luminosa se transforma en el soneto “Me duele tu amor” en “herida enamorada”, una composición construida sobre férreas estructuras paralelísticas, que aportan toda su fuerza para sostener el “cielo sollozado”, el “vacío ensangrentado”, “la gloria condenada”. La fuerza semántica del oxímoron “gloria condenada” se incrementa con la del “fuego fracasado” o la “estrella condenada”. La bella imagen lorquiana de la “luna” reina apagada en el reino de la noche y reclama ya un diálogo intertextual con las Iluminaciones en la sombra del gran bohemio Alejandro Sawa.

Pero el fuego petrarquista renace en el soneto “Amarte en los infiernos”, replicando incluso al “fuego enamorado” de Quevedo. La “luna imposible” convive con el olvido en los sonetos “Luna Imposible” y “Jamás sufras tú, amada”, y con la tensión y la dialéctica de la ausencia y la presencia.

Las palabras se tensan en toda su virtualidad expresiva, y el olvido se considera un crimen y un “horror más grande que el horror” en el soneto “Si te olvidara”. Sin embargo el olvido puede ser un arte y David Coll lo sabe muy bien. Nietzsche en sus Consideraciones intempestivas considera el olvido como un arte necesario para que el pasado no se convierta en un peso demasiado grave en nuestra vida. La dialéctica memoria-olvido cobra una nueva dimensión en Así habló Zarathustra donde afirma Nietzsche que su experiencia vital no es de ayer y que hace mucho tiempo que ha vivido las razones de todo lo que expresa.

David Coll insiste en que la noche en que su amor marche al olvido, estará “para siempre, siempre muerto” (en el soneto La Noche en que no te ame), aunque admite no importarle que el dolor lo arroje en el olvido “después de ver tus ojos deslumbrantes” (en el soneto: Recordando tus ojos). Luis Cernuda tituló uno de sus libros más hermosos Donde habite el ol-

vido (1934), inspirado en el desolado verso de Bécquer. En esos espacios desolados habitan algunas de las palabras de este libro.

La tensión de la memoria y del olvido está relacionada con la de la palabra y el silencio. El hombre supera al animal con la palabra pero con el silencio se supera a sí mismo, como señala Masson. El silencio en el discurso verbal como en el musical es exigido por nuestra necesidad de respirar, pero no es un hueco ni un paréntesis, sino un suspiro callado, un hablar interior, un susurro íntimo. El silencio engendra un espacio autónomo, un deslumbramiento ciego, un impulso cósmico, que nos lleva a conectar con la dialéctica de lo que nos desborda, como diría Schopenhauer. En el silencio pueden amarse los amantes, “con el silencio eterno del olvido” (soneto: Amándonos siempre en silencio). En silencio se añora dulcemente a la amada, en silencio se la quiere noblemente, porque a través del “recuerdo más callado” la sueña, la roza y la contempla (soneto: Amor estoy a tu lado).

El contemplar, el mirar es ya desde los clásicos uno de los mejores vehículos para transmitir el amor. En nuestra Edad Media es paradójicamente el Ciego de Tudela, uno de los primeros que resalta el poder de los ojos como transmisores del amor. El

amor es considerado una destrucción, una aniquilación gozosa, una transformación, una fusión, fuertemente sentida y expresada por los místicos, que conserva una presencia poderosa en nuestra poesía contemporánea. La destrucción o el amor es el título de un magnífico libro de Vicente Aleixandre, donde la partícula *o* no desempeña una función disyuntiva sino identificativa, como se ha señalado sabiamente. David Coll también identifica el amor con la destrucción en varios de sus versos, siguiendo en esto la estela de Petrarca. Y si el amor puede llegar a ser la destrucción, los ojos son los ejecutores. Los ojos son considerados asesinos o matadores desde los comienzos de la poesía de tipo popular y la lírica culta. La imagen de los como “matadores”, imagen presente, como se ha apuntado en una canción del Ciego de Tudela, reaparece en los libros de música de Diego Pisador y de Juan Vásquez en el siglo XVI, con esta modalidad: “Por una vez que los ojos alcé/ dicen que yo la maté...”. Juan Vásquez recoge entre sus villancicos y canciones esta otra composición referida al mismo asunto, y que, como la anterior, se inserta en las colecciones de Julio Cejador, Dámaso Alonso, José Manuel Blecua, Vicente Beltrán, Antonio Sánchez Romeralo y Margit Frenk entre otros, con la siguiente variante: “Abaja los ojos, casada/ no mates a quien te miraba/ “Casada, pechos hermosos/ abaja tus

ojos graciosos,/no mates a quien te miraba./Abaja los ojos, casada,/ no mates a quien te miraba”.

En otros trabajos hemos desarrollado ampliamente este asunto, apuntado aquí solamente, como una forma de entronque más de la poesía de David Coll con la tradición literaria popular y culta.

La mirada desprende fulgor (soneto: Aunque siempre seas indiferente) y fuego, y en el “fuego de amor” es donde el poeta es “el ángel más dichoso” (soneto: Tu apariencia me muestra tu alma). Se arde en el amor (soneto: El más bello amor), y donde la amada posa su mirada “se alzan catedrales deslumbrantes” (soneto: Cuando posas tu mirada).

El poeta indaga en la realidad e ilumina sus zonas más sombrías y oscuras. Se trata de las “iluminaciones en la sombra” mencionadas, y de la concepción del poema como luz, tal como ya lo concibió Fernando de Herrera. Entre los espléndidos oxímoros del libro, figura en este contexto el de la “tiniebla luminosa” del poema “ilusión de amor”. Si al hablar de la luz y de la sombra he mencionado a Sawa, en la utilización del colorido y de la luz, David Coll es heredero de Herrera, y, como el poeta sevillano, recurre a las más brillantes y coloridas metáforas, en cuya forja muestra la habilidad de un verdadero virtuoso.

En algunas composiciones se añora “la luz que queda atrás” (soneto: Los cálices de tu recuerdo), en otras “se abre “la bóveda estrellada/ y fluyen blancas lunas suspirantes/ que son tan cegadoras, tan amantes/ que enloquece de luz hasta la Nada” (soneto: Cuando posas tu mirada).

Si el recuerdo y la memoria nos llevan a develar las zonas alucinadas y alucinatorias del olvido y a construir toda una teoría del conocimiento, la luz atraviesa los espacios oscuros de la noche y se convierte en la fuerza que nos aleja de la Nada. En los sonetos de David Coll la luz del amor es tan potente que el “mismo Dios se ahoga en su esplendor” (soneto: Cuando posas tu mirada).

Ese intento de superar no sólo los limitados territorios de la realidad sino también los infinitos espacios de la transrealidad se explican también por la fuerza del amor:”Que Dios no fuera Dios, ni el mundo mundo / si mi amor se apagara y te olvidase”.

Sólo el amor puede explicar la divinización de la persona amada, como ya lo demostró Calixto respecto a Melibea. Pero ni en el caso de la Celestina ni en los sonetos de este libro, la divinización exige la descorporeización. Hay en estas composiciones y en la obra de Fernando de Rojas tan vibrante sensuali-

dad y carnalidad, que se atreven a desafiar las concepciones platónicas del amor. Aquí no accedemos a la realidad ni a los cuerpos a través de las imágenes reflejadas en la caverna sino mediante la contemplación directa y la mirada.

El soneto “Al contemplarte”, es una especie de resumen de toda la obra, a la vez que una enciclopedia sintética de la teoría amorosa. Aquí conviven y se enfrentan el infierno y la gloria, la ausencia y el recuerdo, la vida y la muerte, la presencia y el olvido. En medio y por encima de todo ello, el amor ennoblece, ilumina y exalta nuestras vidas.

En El Banquete de Platón, el dialogante Fedro exalta el valor educativo del amor porque el amor transfigura al que lo experimenta, confiriéndole el deseo de superarse. En esta línea, la lectura de *Amándote en la Ausencia* remueve las zonas más nobles de nuestra conciencia y nos recuerda una vez más que el amor es, a la vez, la aventura más arriesgada y más gozosa de la vida. La vivencia plena del amor es también la mejor indagación en el conocimiento de los demás y de nosotros mismos y la mayor incitación a vivir en un continuo proceso de superación.

FRANCISCO GUTIÉRREZ CARBAJO

Catedrático de literatura Española de la UNED

Decano de la UNED

Flamencólogo

Autor de los siguientes libros:

- *Movimientos y épocas literarias.
- *Teatro Contemporáneo: Alfonso Vallejo.
- *Voces del 98.
- *San Manuel Bueno, Mártir, Miguel de Unamuno: Libro del Profesor.
- *Peribáñez y el Comendador de Ocaña.
- *Literatura y Cine.
- *La Copla Flamenca y la Lírica de tipo popular.
- *La Copla Flamenca a la luz de las teorías métricas de los formalistas rusos.

Colaborador en las más prestigiosas revistas de literatura.

1

ELLA NUNCA ME AMÓ

Ella nunca me amó ni me amará
Ni escucha este silencio de mi grito
Que arde en un dolor tan infinito
Que por siempre en sus ojos arderá,

Ella jamás en mí se fundirá
En la luna del sueño más bendito
Ni sabe que en las sombras yo me agito
Como un mar que sin fin la añorará,

Ella jamás sabrá que me devoro
En su recuerdo muerto y ya podrido
Ni que tras la nostalgia yo atesoro

Esa aurora de luz que no ha nacido,
Ella jamás me amó, mas yo la lloro
Con las lágrimas negras del olvido.

TU AUSENCIA

Tu ausencia es un relámpago perdido,
Un arroyo de ratas añorantes,
Es un mar de cadáveres sangrantes
Que buscan tu mirada en el olvido,

Un recuerdo que grita enloquecido,
Un abrazo de noches llameantes,
Es un montón de hienas anhelantes
Que engullen este amor que te ha querido.

No soporto tu ausencia ni la aguanto
Ni este loco tormento que me embiste
Con la infame guadaña del espanto,

Y si debo sangrar tu ausencia triste
En la Inmortalidad de un rojo llanto,
Dios nunca ha sido Dios, y Dios no existe.